

Novela Popular Cinematográfica



Año III
Número 126

25 cts.

Protagonista
Ricardo Talmadge

Llamas y bandidos

Novela Popular

Cinematográfica

LLAMAS Y BANDIDOS

Argumento, en forma de novela, de la comedia dramática del mismo título. Película interesantísima exclusiva de "Gaumont". Valencia, 274

PROTAGONISTA:

EL «AS» DE LOS ACTORES SALTARINES

RICARDO TALMADGE



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARBARÁ, 15 — BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

La 24ª Compañía de Bomberos de Nueva York, estaba formada por un grupo de héroes anónimos que no vacilaban jamás en sacrificarse por el deber.

Sabido es que en Norteamérica, naturalmente que porque hay muchos incendios, los bomberos son personas muy apreciadas por todo el mundo. Cuando se les ve, se les saluda con atención y, si se sabe de alguno que rehuyó el peligro, recibe, de todos, las más claras pruebas de indiferencia, cuando no de desprecio.

Pero lo más general es que todos se lanzen a las llamas sin miedo y sin cobardía. Como hay tantos incendios, muy a menudo el peligro les ronda. Van a él, y de aquí las muestras de aprecio de que son objeto, como lo serían los médicos, por ejemplo, en un país donde reinaran las epidemias.

Entre todas las compañías, se distinguía la 24ª, en la que nunca había habido ningún hombre que temiera al riesgo ni a la muerte.

Uno de los héroes de esta compañía, fué el capitán Pedro Merill, que pereció en un incendio. A pesar de este ejemplo trágico, el único hijo de este capitán, Ricardito Merill, se disponía a seguir las huellas de su padre y, como él, esperaba obtener, con su comportamiento, los distintivos de capitán que su padre tan honrosamente había llevado.

Ricardito, protagonista de este relato, ingresó, pues, en la 24ª compañía, en donde a lo primero, na-

turalmente, sólo hacía faenas de limpieza y de aprendizaje, pero siempre, fuese lo que fuese lo que hiciera, con un ímpetu admirable, anuncio de su heroicidad futura.

Jaime Hauleg, muchacho excelente en el fondo, pero amigo de mortificar a los novicios que caían bajo su férula, la tomó con Ricardito y no le dejaba en paz. Hiciera éste lo que hiciera, siempre encontraba motivo para hacerle alguna advertencia en tono poco amable. Y como Ricardito era muy juguetón y siempre decía bromas a los demás, divirtiéndose, Jaime encontraba en ello motivos para sus poco cordiales advertencias.

Así, el día que comienza este relato, como Ricardito estuviera bromeando con un bombero, que se reía complacido, Jaime se acercó y le dijo:

—¡Ricardito! ¡Deje a Juan tranquilo y ocúpese de cumplir su obligación! ¡Los aprendices, deben estar separados de los maestros!...

A Ricardito le dolió esto, más que cualquiera otra cosa que le hubiera dicho, pero no contestó nada. Esperaba que se presentara cualquier ocasión para poder demostrar a Jaime que no se le podía llamar, en tono tan despectivo, aprendiz.

En silencio, se alejó hacia una puerta que daba a la calle, en donde tenía que hacer faenas de limpieza. Pero al llegar allí, pasó Mary Feuton, una muchacha monísima, a la que se consideraba, por todos los hombres de la compañía, como novia de Ricardito.

Naturalmente, Ricardito se puso a hablar con ella. Pero Jaime, que le había seguido, le ordenó de nuevo que fuese a cumplir su obligación, con el fin de galantear él a la joven. Ricardito, comprendiéndolo así, no se alejó. Jaime hubo de ordenarle varias veces que se retirara. Ricardito hacía como que se iba, pero no se iba, sino que volvía de nuevo para evitar

que Jaime galanteara a su amada. Una de las veces en que el diálogo entre los dos hombres se hizo más vivo, acertó a pasar por cerca de ellos el capitán Stong, un sacerdote de la religión del deber, para el cual sus subordinados eran como hijos suyos a los que después de una reprimenda o de un castigo, les dedicaba, siempre, frases cariñosas, como de padre verdadero, o como de camarada. Viendo lo que sucedía, dijo severamente a Jaime:

—A su despacho, Hanley. No es éste el lugar en donde debe estar.

Jaime, después de cuadrarse y saludar, como es de rigor, se alejó mirando de reojo a Ricardito como prometiéndole futura regañeza con cualquier motivo.

El capitán, que no vio aquella mirada, dijo a Ricardito:

—Y usted, Merill, vaya a hacer lo que le corresponda.

Se alejó Ricardito, ahora complacido, pues que su novia no quedaba con Jaime, sino con el capitán. Este, sonriendo paternalmente, dijo a la joven:

—Por lo visto, usted, señorita, se ha propuesto hacer perder la cabeza a todos los bomberos de esta compañía...

Mary bajó la cabeza, ruborizada, y se despidió, azarada y torpe. La verdad es que a ella, todos los bomberos le eran indiferentes, exceptuando a Ricardito. Pero, ¿cómo decir aquello al capitán? Estaba lejos de pensar que el capitán era muy comprensivo y que sabía lo que pensaba ella. Ciertamente, lo sabía, y sus palabras no habían pasado de ser una broma.

A poco, llegada la hora del descanso, cada bombero se retiró a su habitación particular de la compañía, Ricardito lo hizo acompañado de Spark, un hermoso perro que era la mascota de la 24.ª, y que

sentía por Ricardito un afecto extraordinario, como si formase parte de su familia.

Jaime se aprovechó de aquella circunstancia para jugar una mala partida a nuestro protagonista. Al efecto, dijo a sus acompañantes:

—Voy arriba a decirle dos palabras a Ricardito... Bajo en un momento.

Subió, como decía, hasta la habitación de aquél y, aprovechando su distracción con el perro, le cerró la puerta por fuera, pensando:

«Si ahora llamaran para algo, Ricardito, estando encerrado, no podría presentarse. Y no presentándose, le reñirían. Así me pagará el no haberme dejado a solas con Mary.»

Como si sólo se esperara que Ricardito estuviese encerrado, en aquel mismo momento, precisamente, se dejó oír el timbre con su grito de urgencia. Es decir, avisando a los bomberos que habían de partir, sin tardanza, a dominar un incendio.

Ricardito dió un salto de donde estaba con el perro, se colocó, en menos de un minuto, las ropas de servicio, y corrió a salir por la puerta para acudir abajo donde ya los autos esperaban. Al hallar la puerta cerrada, no acertó a explicarse el por qué estaría así. —¿Quién le habría encerrado?—pensaba. Y se desesperó al ver que le erea imposible salir. Mas pronto, con aquel ímpetu que le era peculiar, encontró el medio de no quedarse allí cuando sus servicios podían ser necesarios. Al efecto, corrió a la ventana de su habitación que daba a la calle, se colocó en el alféizar, en posición aporósito para saltar y, cuando salió el primer auto, de un salto, bajó y quedó montado en él, con el asombro de todos y también con la admiración, incluso de Jaime, que iba en aquel auto y que no se habría podido imaginar nunca que Ricardito hiciera lo que hizo.

Todos le miraron con estupor, pero él no dió nin-

guna importancia a lo que había hecho. Le parecía natural. El bombero, a su juicio, cuando le llaman para evitar desgracias, debe volar, hállese dónde se halle, sin temor a la muerte.

Cuando llegaron a la casa que ardía, el primero que se arrojó a las llamas fué Ricardito. Cuando estuvo dominado el incendio, Ricardito, que había sido el que había visto el interior cuando ardía, se acercó a su capitán y le dijo:

—No cabe duda, capitán... Esta casa ha sido robada, y los ladrones han prendido fuego al edificio para destruir sus huellas.

—Ya podría ser. En estos barrios hay una partida de bandidos...

—No lo sabía. Pero que ellos han sido los autores de este incendio es seguro.

—De éste y de otros. Será preciso preocuparse de descubrirlos...

Los bandidos, que eran muy audaces, se reunían precisamente en los sótanos de la casa en que vivía Ricardito. Nadie de la vecindad lo sospechaba. Ricardito no había oído nunca hablar de tal cosa. Un tipo llamado Carlos Burke, era el que ejercía la jefatura de la banda, por cierto con mano de hierro. Todos sus compañeros le temían. Era un hombre brutal, forzado, de una entereza poco común. Los demás, débiles o desgraciados, temblaban ante él.

Pocas horas después del incendio, reunidos en el sótano, Burke decía:

—Me parece que nuestra pequeña operación de hoy ha sido hecha con una maestría sin igual.

—Es cierto—dijo uno de los pocos que se atrevían a hablar... Pero hemos repetido ya muchas veces esa fórmula... Y tanto va el cántaro a la fuente...

—No seas agorero. De ese modo no se nos descubrirá nunca...

—Por si acaso, cuidado, Burke—dijo un mucha-

cho joven, que era precisamente hermano de Mary, la novia de Ricardito, y que había tenido un día la debilidad de entrar en la banda y que ya no veía medio de abandonar aquel terreno peligroso.

—Ya tengo cuidado, bien lo sabéis. Si no fuera por mí, vosotros caeríais en seguida en las manos de la policía.

A aquella misma hora, en el otro extremo de la ciudad, en un barrio esencialmente aristocrático, en una morada lujosa, fastuosa, dos hombres hablaban. Uno era Esteban Morton que, bajo la apariencia de un honrado corredor de comercio, ocultaba su verdadera profesión, que no era otra que la de jefe secreto de la banda de Burke. El otro era Roberto Keene, en cuya casa estaban, rico comerciante a quien Morton había elegido como próxima víctima para uno de los robos de su banda.

Oyéndoles hablar, de negocios y de otras cosas, nadie habría podido sospechar quien era Morton que, por otra parte, tenía maneras muy distinguidas y una corrección en el hablar poco común.

Disponiéndose, el bandido, para marcharse, dijo:

—¿De modo que no quiere usted comprarme esa partida de seda que le ofrezco, señor Keene?

—No; me es imposible por ahora, créalo. Tengo los almacenes abarrotados de género.

—Lo siento por usted. Era un bonito negocio. Precisamente porque es así me he dirigido a usted primero que a nadie.

—Gracias por la atención. Pero tengo mucho género, mucho. ¿Para qué almacenar más?

Como esto era lo que deseaba saber el bandido, se despidió, contento de haberlo averiguado tan fácilmente. El comerciante, atento, le acompañó hasta la puerta.

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, en el patio del edificio de los bomberos, patio grandioso, se hacían ejercicios de práctica, que son, en aquel país, el terror de los no-



vicios, por el mucho peligro que suponen. En el centro del grandioso patio, se alzaba una alta torre de hierro, a la cumbre de la cual había que subir en un instante, como si estuviera ardiendo y allí hubiera alguien en peligro, y de la cual había que arro-

jarse como si las llamas, por debajo, ya no dejaran bajar de modo normal.

Ricardito, sin miedo, se arrojó desde arriba, con una decisión admirable. Los bomberos que abajo le aguardaban, con el salvavidas correspondiente, quedaron admirados de su destreza y de su valentía. Los jefes, que presenciaban los ejercicios, se fijaron también en él y uno de ellos, el capitán Stong, dijo:

—Es el hijo del difunto capitán Merrill.

—Valiente muchacho—dijo otro jefe.

—Valiente, sí—agregó el capitán.—Es un muchacho que no se detiene ante ningún peligro... Si sigue así, dentro de poco será el mejor bombero de la compañía.

Aquella misma tarde Ricardito obtuvo la distinción de ser llamado a presencia del jefe superior del cuerpo de bomberos, en el despacho del cual estaba también el capitán Stong.

Ricardito acudió, preocupado, sin saber el por qué de aquella llamada. Cuando vio allí al capitán se tranquilizó, pues sabía que éste le quería, además de por sus condiciones, porque había sido muy buen amigo de su padre. El jefe superior le saludó muy atentamente y luego le dijo:

—He sabido que en el barrio donde usted habita hay una banda de ladrones e incendiarios.

—Yo nada sabía. Ayer me lo dijo el capitán, que está aquí presente. Si estuviera en mi mano buscarles, les encontraría, me parece. Créame, jefe, me gustaría poder echarles la mano encima.

—Precisamente para algo parecido le he llamado. Mire. El inspector Walsh está estudiando un plan que, seguramente, le permitirá realizar su deseo. Lo que es necesario es que, sea cual sea el plan del inspector, guarde usted sobre él un silencio absoluto, hasta para con sus compañeros, hasta para con su familia.

—Pueden contar, de antemano, con que nadie sabrá nada de él. Y que lo pondré en práctica sea cuál fuere.

—Así lo esperábamos. En cuanto el plan esté terminado, se le avisará y se le explicará con todo detalle.

Ricardito salió del despacho del jefe que no cabía en sí de contento por la confianza que en él depositaban. Precisamente él quería tener ocasión de realizar grandes hazañas, y aquello de perseguir a los bandidos le parecía una tarea de gran interés. En cuanto al peligro que hubiera, ni siquiera pensaba en él.

Encontró a su novia y charló con ella más alegre que nunca, pero sin decirle nada de lo que el jefe le había dicho. Empezaba ya a guardar absoluto silencio sobre el particular.

Estando él hablando con Mary, en la puerta de la casa de ésta, acertaron a pasar por allí cerca el hermano de ella y Carlos Burke, el cual dijo a su acompañante:

—¿Sabes que no me disgusta tu hermana?... Como no me disgusta, vas a procurar que no hable más con ese imbécil de Merrill.

En aquel momento, haciendo alusión a lo que esperaba del plan de su jefe, pero de modo que no se pudiera advinar a qué se refería, Ricardito decía a Mary:

—Mary, yo tengo que pedirte una cosa... una cosa muy importante... pero no lo haré hasta que vea realizados ciertos proyectos que tengo en la cabeza.

Mary, adivinando que Ricardito lo que le quería pedir era su mano, se ruborizó un poco, como verdadera enamorada, y se apresuró a despedirse de su novio. Este, contento de aquel rubor, que claramente le había dado una buena respuesta, se alejó gozoso. Al volver la esquina cercana tropezó con una

joven que le admiraba, que era directora de una Misión que había en el barrio, la cual le saludó y empezó a hablar con él amigablemente.

Burke, viendo aquello, dijo al hermano de Mary:

—Mira, ya tienes un pretexto para decir a tu hermana que no hable más con Merrill, como te he dicho. Puedes decirle que Ricardito les hace el amor a todas las mujeres que encuentra en su camino.

Más por temor que por convicción, el hermano de Mary corrió a su casa y dijo a la joven:

—Acabo de ver a tu novio hablando con la directora de la Misión... Por cierto que hablaba con ella con mucho entusiasmo... Ya te he dicho muchas veces que ese monigote viene a reírse de ti.

Mary no contestó nada a su hermano, pero herida por los celos, salió a la calle para ver si era verdad lo que su hermano le había dicho. Afortunadamente Ricardito se había separado ya de la joven directora y Mary no vio nada, con lo que, por lo pronto, se tranquilizó.

Ricardito, temiendo precisamente que Mary pudiese verle y que sospechara lo que no era cierto, se había apresurado a despedirse de la directora, sin dejar de ser amable, que habría sido una falta de educación, y se había marchado hacia su casa, donde entró y abrazó y besó a su madre, que le quería con locura.

La señora Merrill, madre de Ricardito, era una buena mujer que, en medio del dolor de su viudez, tenía el consuelo de saber que su marido murió víctima del deber y de que su hijo seguía los mismos buenos pasos del padre.

Ricardito, después de besar y abrazar a su madre, no pudiendo callarse las esperanzas que había concebido de las palabras del jefe, mas sin hacer evidente referencia a ellas, le dijo:

—Mamá, en nuestro oficio se presentan ocasio-

nes de demostrar de lo que somos capaces... ¡Quién sabe si dentro de poco podré darte una agradable sorpresa!

—¡Tengo miedo por ti, hijo mío! ¡Eras tan niño cuando murió tu padre, que su recuerdo no puede enseñarte a ser prudente! ¡Si a ti te sucediese lo mismo que a él, me moriría de pena!

—No hay que pensar en la muerte, mamá.

—¡Es tan peligrosa vuestra profesión!... De todos modos, antes que cobarde ante el peligro, preferiría que murieses...

—Claro, mamá, claro... La cobardía es lo más imperdonable. Y más cuando por causa de ella pueden morir otras personas.

—Es verdad. Pero tú no serás cobarde ni morirás. ¿Qué sería de mí si ocurriese una u otra cosa?

—Nada de eso ocurrirá y, sin embargo, te daré en breve, sin duda, una agradable sorpresa.

—¿De qué se trata?

—No puedo decirte nada, mamá. No lo sé aún. Y cuando lo sepa, tampoco te lo podré decir. Únicamente el día de la sorpresa se podrá explicar todo.

—Confío en ti. Nada más puedo decirte, hijo mío.

Al día siguiente, el capitán Stong, que alguna que otra vez gustaba de comprobar por sí mismo la diligencia y la disciplina de sus hombres, cuando ya éstos se habían retirado a dormir, que dormían todos en una gran sala, dispuesta en la misma forma que las de los cuarteles, dijo a Jaime Hanley:

—Dentro de diez minutos tocaré el pito de alarma y todos los hombres, en un momento, tendrán que estar abajo, dispuestos como para acudir a dominar un incendio. Retírese usted y métase en la cama, sin decir a nadie ni una palabra de esto.

Jaime, que dormía en la cama de al lado de la de Ricardito, vio en aquello una ocasión magnífica para dar una broma pesada a nuestro protagonista.

Al efecto, se llevó consigo una botas pequeñas, que no servían a nadie y las puso al pie de la cama de Ricardito, escondiéndole las suyas propias. Naturalmente, no pudiéndose poner aquellas botas, Ricardito no podría acudir al llamamiento del capitán, con lo que éste tendría motivo para quejarse del joven. Pero si Ricardito, porque dormía, no se pudo dar cuenta del cambio, sí lo vio el perro, su buen amigo, que velaba su sueño. Así, el animal, cuando Jaime se hubo metido en la cama, despertó a Ricardito y le hizo comprender lo que sucedía. De este modo Ricardito pudo recuperar sus botas, esconder las de Jaime y poner las pequeñas al pie de la cama de éste. De manera que cuando se oyó la llamada del capitán, el que no pudo acudir con la presteza debida fué Jaime y no Ricardito. No es necesario decir la desesperación que se apoderó del bromista, que siempre, hasta entonces, resultaba burlado. Pero como en el fondo no era malo, preparaba nuevos planes para embromar a Ricardito, pero sin guardarle verdadero rencor, para el que no había causa ni motivo.

A la mañana siguiente Ricardito fué llamado de nuevo al despacho del jefe, en donde le explicaron el plan para que por su intervención pudieran ser descubiertos y presos los bandidos. Lo que más mal le pareció de todo, fué que precisamente, por lo pronto, tenía que aparecer como cobarde, que era lo que su madre más despreciaba. Sin embargo, como había prometido llevar a cabo el plan, fuese el que fuese, y como estaba seguro de salir victorioso, accedió a todo. Si bien al principio le mirarían todos despectivamente, cuando al final se descubrieran los motivos de su actitud, todos le admirarían. Pasaría por el dolor de rehuir el peligro, con el propósito de que se viera, al final, que si huía de él era para buscar peligros mayores. Y entretanto, para que nadie

sospechara nada del plan, no diría ni una palabra de éste, ni se disculparía de su aparente cobardía. Hacía falta para ello una enorme fuerza de voluntad, pero la tendría. Así lo prometió a sus jefes y así estaba dispuesto a cumplirlo. Era un gran sacrificio, pero las grandes victorias requieren grandes sacrificios de antemano. Sería mal juzgado, pero para ser admirado después. Pesando todos los pros y todos los contras, le convenía hacerlo así. Además, de este modo se le abrirían todas las puertas del porvenir, de un porvenir triunfante. Hasta su amada Mary, que por lo pronto creería sufrir un desencanto, le amaría luego más. Salíó del despacho firme en su propósito, dispuesto a, en la primera ocasión que se presentara, aparecer como un cobarde, y esto, precisamente porque era un valiente y porque había que realizar una tarea en la que era preciso hacer derroche de valentía.

TERCERA PARTE

Algunos días después, ante un formidable incendio en un sótano, Ricardito, obedeciendo ya al plan de sus superiores, en lugar de arrojarle a las llamas, como era su costumbre, empezó a retroceder ante ellas, simulando miedo, simulando que temblaba, simulando que se había apoderado de él la cobardía más absoluta que se pueda imaginar. Sus compañeros fueron los primeros sorprendidos. No se explicaban aquella actitud de Ricardito, pues que estaban habituados a ver que siempre era el primero en arrojarle, sin miedo, al peligro.

Jaime Hanley se restregaba los ojos, sin querer creer lo que veía. Sin embargo, ante la evidencia, hubo de confesarse que era verdad que Ricardito huía de las llamas. Indignado, le gritó:

—¿Qué es eso? Vaya usted, Ricardito, a cumplir con su deber.

—No puedo... No sé qué me pasa. Tengo miedo y este miedo es más fuerte que yo... El pensar que mi padre murió así, pensamiento que nunca, hasta ahora, se había metido en mi mente con tanta fuerza, me quita todo el valor.

—¡Qué vergüenza!

—No puedo, lo confieso, Hanley, no puedo...

—¡Nunca hubiera creído que el hijo del capitán Merrill fuese un cobarde!... Váyase ahora mismo al cuartel. Ya nos veremos luego. Daré parte de su actitud a los jefes.

Ricardito se fué despacio hacia el cuartel. Algunos hombres de la banda, que presenciaban el incendio, provocado por ellos después de robar, comentaban lo ocurrido. Entre ellos estaba el hermano de Mary, que se alegró de ello, pues que así podría vencer a su hermana de que no hablara más con Ricardito.

Cuando el incendio fué dominado, Hanley dijo a todos los bomberos reunidos junto a los autos:

—Ya veis, amigos, qué pronto ha terminado la brillante carrera de Ricardito.

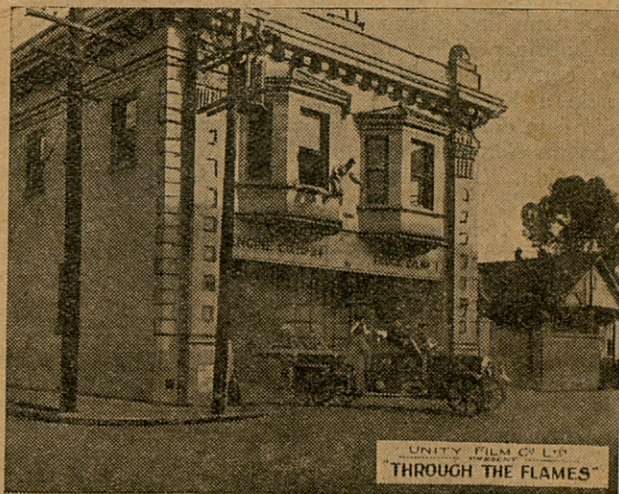
—Es verdad. Ya ha terminado. Parece increíble que haya tenido miedo, siendo otras veces, como todos hemos visto, el más valiente.

—Pues ya habéis tenido ocasión de observar su actitud.

—Ciertamente. Y no cabe duda de que será expulsado del cuerpo.

Mary supo, por su hermano, poco después, todos los detalles de lo ocurrido. Apenada marchó a esca-

pe a comunicar a la madre de su novio la mala nueva. Sufrió horrorosamente, pues aquello significaba para ella un desencanto y quería convencerse, por algún medio, de que no era verdad lo que le habían dicho. Así, en cuanto estuvo ante la madre de Ricardito, le dijo:



—Mi hermano dice que ha visto retroceder a su hijo de usted ante el peligro.

—¿Mi hijo un coberde? ¡Mentira! ¡Mentira! Ya verás cuando vuelva como me da la razón.

—Ojalá que así sea. Le quiero tanto, que no puedo soportar el pensamiento de que sea cobarde. Si lo fuera, procuraría no verle más.

—No hay cuidado de que eso pueda ocurrir. Mi

hijo no puede ser un cobarde de ningún modo. Lleva en sus venas sangre valerosa.

Las dos mujeres siguieron hablando en este tono, consolándose mutuamente y sin querer creer lo de la cobardía del hombre que les era tan querido.

Entretanto, en el edificio de la compañía, en el despacho del jefe, de acuerdo con el plan del inspector Walhs, Ricardito era expulsado del cuerpo.

La comedia se hizo de modo tan perfecto, que nadie habría podido sospechar la verdad. Los bomberos, convencidos de la justicia que se hacía expulsando a Ricardito, le volvieron la espalda cuando salió éste del despacho del jefe, negándole el saludo y no queriendo ni siquiera dirigirle una palabra de despedida. El, por su parte, simuló estar muy avergonzado de lo que ocurría. En el fondo, a pesar de saber que todo aquello era una farsa, sentía de verdad un poco de vergüenza de tener que pasar por cobarde. Pero se había comprometido a ello para que triunfara el plan del inspector y no se volvería atrás de ningún modo. Sin embargo, tenía reparo de presentarse ante su madre, que tanto despreciaba la cobardía y a la que no podría explicar las causas de su actitud en tanto que el plan no se hubiese desarrollado por completo.

Subió las escaleras de su casa bastante preocupado, porque no hallaba un pensamiento oportuno para contestar a su madre si ésta le preguntaba si era verdad que había huído ante las llamas de un incendio.

Cuando abrió la puerta de su casa, casi estaba arrepentido de haber aceptado la representación de un papel en un principio tan poco airoso, aunque absolutamente necesario para poder realizar la gran obra de buscar a los bandidos. Tuvo la sorpresa de hallar, al lado de su madre, a su novia, que le miró, al entrar, con contenida atención. «Lo saben todo»,

pensó Ricardito y bajó la cabeza. La madre, entonces, le dijo:

—Ricardito, hijo mío, ¿verdad que no es cierto lo que dicen de ti?

Ricardito no contestó ni una palabra, prueba evidente, para la madre, de que era verdad lo que le habían dicho. Entonces, la anciana, sin decir nada más, se dejó caer en una silla y prorrumpió en amargo llanto. Mary, dolorida también, se marchó sin hablar ni una palabra con su novio.

En cuanto Ricardito vio que estaba a solas con su madre, acudió a consolarla y violentándose para no explicar el por qué de su actitud, dijo sin embarazo:

—¡Madre mía, no me juzgues mal, te lo ruego! Espera unos días antes de pronunciar tu fallo en mi contra.

La madre, sin dejar de llorar, le abrazó, pero sin decir ni una palabra. No sabía, a ciencia cierta, cuáles eran sus verdaderos sentimientos en aquel instante.

Entretanto, Burke se alegraba de lo que ocurría, pues que esto, a su juicio, le allanaría el camino para realizar sus propósitos relativos a Mary, que hacía cuenta de llevarlos a cabo, de grado o por fuerza, pues era hombre que, hasta entonces, siempre había logrado todo lo que se había propuesto. Al efecto, en seguida se encaminó al domicilio de Mary. Esta, que acababa de regresar de casa de Ricardito, estaba muy triste. Recibió con desconfianza a su visitante que, sonriendo, con sonrisa que quería ser amable, le dijo:

—Vengo a buscar una respuesta decisiva a mis pretensiones, Mary, de las que ya le he hablado estos días.

—Mi respuesta ya la tiene. Estoy comprometida.

—Yo creía que ese compromiso se había deshe-

cho hoy. No puedo creer que siga usted queriendo a un hombre que tiene miedo. Además, esto no me importa. Le quiero hacer una advertencia: en cuanto yo lo quiera, no lo olvide usted, su hermano irá a la cárcel. ¿Qué decide usted ahora?

—Déme usted, al menos, tiempo para reflexionar.

—Está bien. Hoy es jueves. Le doy de tiempo hasta el domingo. Ese día, o habrá un matrimonio o una detención. Puede usted elegir lo que mejor le plazca.

Al día siguiente, viernes, muy de mañana, Ricardito salió de su casa temprano y empezó a pasear, muy despacio, por todo el barrio, escondiéndose de la gente como si estuviera avergonzado. Era su papel para llamar la atención.

Inconscientemente, sus pasos le llevaron a pasar por la puerta de la casa de Mary en el momento que ésta salía para ir a la compra. El quiso pasar como si no la hubiera visto, pero ella, más decidida, fué a su encuentro y le saludó:

—Buenos días, Ricardo.

—Buenos días, Mary.

—¿No sabes, Ricardo, lo que me ocurre? Burke tiene a mi hermano entre sus garras y quiere meterlo en la cárcel... ¡Ayúdame a salvarlo!

Al oír estas palabras Ricardito tuvo como una revelación. Burke, sin oficio conocido, derrochaba el dinero... Bien podría ser que perteneciera a la banda que él buscaba... Para que ni Mary sospechara cuál era su misión, simuló una fría indiferencia y le contestó:

—Lo siento mucho, Mary, pero yo no puedo mezclarme en asuntos ajenos.

—Perfectamente, Ricardo. Me casaré entonces con Burke, que es lo que él me exige para que mi hermano no sufra rigores que yo no debo decir.

—Haz lo que quieras, Mary. No soy yo quién para aconsejarte.

Y dicho esto, Ricardito se alejó. A pesar de la simulada indiferencia que había demostrado, las últimas palabras de Mary le entraron directas al corazón de nuestro protagonista, que desde aquel momento estaba resuelto a todo para impedir que Mary realizase aquel matrimonio de que había hablado, que le parecía la cosa más absurda del mundo y un sacrificio superior a todos los imaginables.

Para empezar sus trabajos con el propósito de evitar tal casamiento y con el de descubrir algo que tuviera relación con los bandidos, de lo que ya tenía una pista por las palabras de Mary, se encaminó a los lugares en donde solía ver a Burke con otros hombres, amigos suyos, y sin duda—pensaba ahora—también de la banda.

No encontró al propio Burke, pero sí a otros tipos que acostumbraban ir con él, entre los cuales estaba el hermano de Mary. Decidido, se acercó a ellos, a quienes saludó, en tanto que reían de él un poco irónicamente. Ricardito hizo como que no veía aquellas risas y dijo alguna cosa sin importancia con el fin de emprender conversación, que era lo que le interesaba.

Uno de los amigos de Burke, en tono despectivo le idjo algo hiriente a propósito de su miedo a las llamas. Ricardito le contestó:

—¿Qué, le choca a usted que me hayan expulsado del cuerpo de bomberos? Nada tiene de particular... No todo el mundo tiene alma de héroe...

—¡Claro que no! Y menos usted, que no es más que un cobarde...

Al oírse llamar cobarde por un extraño, Ricardito reaccionó. Sin pensarlo mucho, se lanzó sobre el que tal cosa había dicho, con ímpetu magnífico, y en pocos instantes le molió a golpes, con admiración de todos los demás amigos de Burke, que presenciaron, estupefactos y tranquilos, la pelea. Como el

bandido, después de unos instantes de descanso, intentara defenderse, Ricardito se lanzó otra vez sobre él y le venció de nuevo, hasta el punto de que su adversario hubo de huir verdaderamente atemorizado.

Acudieron unos guardias, atraídos por el escándalo de la lucha, y todos los amigos de Burke huyeron. Ricardito, haciendo como que huía también, no se separó de ellos. Iba contento. Creía haber encontrado bien pronto el camino que había de conducirle al triunfo de la empresa que se le había encomendado.

CUARTA PARTE

A aquella misma hora, como todos los días, Burke había ido a recibir órdenes de Esteban Morton, el verdadero jefe de la banda. La casa de éste, puesta con relativo lujo, estaba bien lejos de los barrios donde actuaba la banda. Cuando Burke llegó, ya le esperaba impaciente y, en seguida que lo tuvo en su presencia, le dijo:

—El almacén de Keene está repleto de mercancías de valor. El mismo me lo ha confesado. Es preciso dejarlo vacío sin tardanza. Que todo el mundo esté preparado el sábado por la noche para dar el golpe...

—Haré lo que usted me ordena. Sin embargo, quiero hacerle una advertencia, señor Morton... Todos los muchachos que tengo a mis órdenes se quejan de la insignificancia de los salarios... Sería conveniente que viniese usted mismo a calmarlos...

—¿Cómo es eso de que vaya yo? ¿Para qué, entonces, le tengo a usted al frente de la banda? Entiéndase usted como quiera con ellos, pero déjeme a mí en la obscuridad... Es este el único modo de que todas las cosas nos salgan bien...

—Seguiré haciendo lo que pueda para que obedezcan... Temo, sin embargo, que llegue un día en que se nieguen a trabajar...

—No tenga ese temor... Bastará que les amenace usted con que irán a la cárcel para que le sigan como hasta aquí.

Burke, sin decir nada más, se despidió. A toda prisa, se encaminó hacia los lugares en que solían estar sus subordinados para comunicarles que el sábado por la noche tenían que trabajar.

Entretanto, Ricardito y todos los que habían presenciado su lucha con el bandido que huyó, llegaron a los derribos de una casa en donde se sentaron, en los escombros, para descansar, seguros ya de que los guardias no les seguían. Uno de aquellos tipos dijo, francamente, a Ricardito:

—Ayer, cuando te vimos en el fuego, todos creímos que eras un cobarde. Hoy, después de haberte visto luchar con John—así se llamaba el bandido a quien Ricardito había derrotado,—rectificamos. La verdad es que eres un valiente... ¿Por qué no entras en nuestra banda?

—¿En vuestra banda?

—Sí. ¿No sabías que somos de una banda?

—No...

—Anda. Pues eres tú el único del barrio que no lo sabe. Somos de una banda que dirige Burke, por orden de otro jefe al que no conocemos y que es el que lo dispone todo. Ganamos bastante dinero y no nos damos muy malos ratos. Cuando realizamos un robo, para hacer desaparecer todas las huellas, pe-

gamos fuego a las casas. Así evitamos el peligro de caer en manos de la policía.

—Eso me gusta. Sobre todo, porque no hay ese peligro.

—Pues nada, quédate con nosotros.

En seguida, el que hablaba así, dijo a uno de sus compañeros:

—Samuel, ve y dile a Burke que Ricardito quiere ser de los nuestros y que si tiene inconveniente en admitirlo.

El llamado Samuel se fué a encontrar a Burke, que ya andaba por aquellos alrededores, y le dijo:

—Hemos visto todos a Ricardito Merill luchar con John al que ha vencido. Se trata de un chico que vale y quiere entrar a formar parte de nuestra sociedad. ¿Qué le contesta?

Burke pensó, rápidamente, que teniendo a Ricardito bajo sus garras podría desembarazarse, cuando quisiera, de un rival peligroso en lo que respectaba a sus pretensiones con Mary, y contestó al emisario:

—Dile que queda admitido.

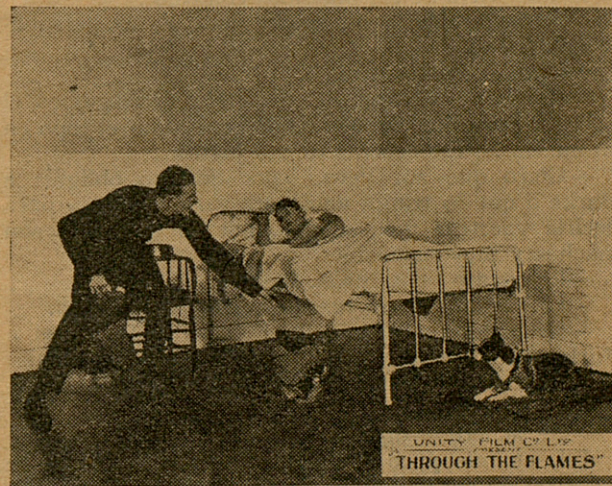
En cuanto esto le fué dicho, Ricardito se despidió de sus nuevos *compañeros* y se encaminó a su hogar, contento de haber logrado tan pronto ponerse al habla con los bandidos a quienes debía detener, juntos, en un momento dado. Pero al entrar en su casa, en donde reinaba la más profunda tristeza desde que él había huido de las llamas, tristeza que él podía desvanecer con una sola palabra, pero la cual no le era permitido pronunciar aún, se encogió su ánimo al ver que su madre no cesaba de llorar. Se acercó a ella y, acariciándola, le dijo:

—No te entristezcas, mamá... Te aseguro que dentro de muy pocos días quedará resuelta esta situación...

—¿Y por qué no ahora?

—Ahora no puede ser aún, madre mía. Pero ten confianza en mí. Te aseguro de que yo, aunque así parezca, no soy un cobarde.

Al día siguiente, sábado, por la mañana, Ricardito fué citado, oficialmente, para una reunión de la banda, que había de celebrarse por la tarde. Grande



fué su extrañeza, cuando supo que aquellas reuniones se celebraban en el propio sótano de la casa en que él, con su madre vivía. Ello era natural, sin embargo, pues que Burke vivía en la misma casa, y en el piso de encima al que ocupaba Ricardito.

En cuanto, por la tarde, estuvieron todos en el sótano, Burke dijo:

—El jefe ha vuelto a telefonearme. Esta noche, a las doce, debemos dar el golpe en los almacenes

de Keene. Todo está ya preparado. Yo voy a salir ahora mismo para ultimar algunos detalles.

A los pocos momentos de haber salido Burke, Ricardito, deseando prepararlo todo para que el plan que tenía que realizar se realizara plenamente, dijo como quien no pone mucho interés en sus palabras:

—¿Quién es ese jefe que da las órdenes a Burke?

El más viejo de los bandidos contestó:

—Nadie lo sabe aquí, muchacho... Es un personaje misterioso...

—¿Que cosa tan rara!

—Rara, sí, y absurda. Nosotros arriesgamos el peligro, en tanto que ese señor está como el topo en su cueva... ¿Encuentras tú eso justo?

—Claro que no. Pero, ¿por qué no obligáis a Burke a que lo traiga aquí para verle la cara y para decirle vuestras quejas, que, por lo que veo, son muchas y muy razonables.

—El novato tiene razón, amigos.

—Es verdad, tiene razón—contestaron todos.

—Unámonos—agregó el viejo,—y obliguemos a Burke a que traiga aquí, hoy mismo, antes de dar el golpe en los almacenes de Keene, al jefe misterioso.

—De acuerdo—dijeron todos.

Así, cuando poco después, llegó Burke, todos se pusieron en pie y dijeron lo que exigían. Burke, quiso dominar la rebelión, como otras veces, por el terror, y dijo:

—¡Yo soy aquí el amo, y al primero que me desobedezca...!

—Basta de amenazas, Burke. Eres sólo y nosotros somos muchos. Si nos lo proponemos, con un solo puñetazo de cada uno, estarías vencido.

Burke vió que tenía la partida perdida, pues que todos se mantenían firmes y, transigiendo, dijo:

—Pero, ¿qué es lo que queréis?

—Queremos más dinero y que nos lo dé, personalmente, hoy mismo, ese tipo que se esconde detrás de tus espaldas. Nos hemos propuesto verle la cara a ese buen señor y, si no lo conseguimos, que no cuente con nosotros esta noche.

—Bueno. Le telefonearé ahora mismo.

Se dirigió al aparato, y comunicó a Morton lo que sucedía. Este le contestó:

—Está bien. Iré esta noche, pero no a los sótanos, sino al piso donde vive usted.

Burke participó a todos la respuesta y, todos juntos, salieron del sótano, despidiéndose hasta la noche.

QUINTA PARTE

En cuanto obscureció, Ricardito se apostó en una esquina que daba frente por frente a la puerta de la casa de Mary. Cualquiera que le hubiese visto, habría creído que esperaba a su novia. Sin embargo, no era esto lo que le había llevado allí. Lo que esperaba era que saliera el hermano de Mary para convencerle de que no fuera aquella noche a la reunión, pues no quería que el hermano de su novia fuese preso. Quería salvarlo, como Mary le había pedido, pero de muy distinto modo a como ella se figuraba.

Cuando ya llevaba un buen rato allí, el hermano de Mary salió. El fué a su encuentro, exclamando con tono amistoso:

—¡Hola!

—¡Hola, Ricardito! ¿Qué haces aquí?

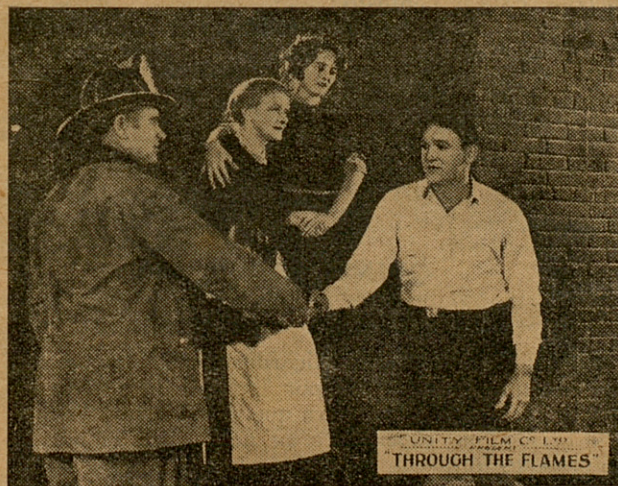
—Te esperaba. Como aun no es la hora de la

reunión, he venido a encontrarte para que demos juntos, un paseo.

—Vamos adónde quieras.

En cuanto se hubieron alejado un poco de la casa, Ricardito dijo a su futuro cuñado:

—Tengo que pedirte una cosa.



—¿Qué es ello?

—Que no asistas a la reunión de esta noche.

—¿Por qué?

—Burke ha amenazado a tu hermana con jugarte una mala partida. Le ha dicho que ni no accede a casarse con él, te entregará a la policía.

—Sospecho que son los celos los que te hacen hablar así.

—Es una sospecha infundada. Y para que veas que

te aprecio, te voy a decir, en confianza, una cosa que sólo yo sé. La banda va a caer esta noche, entera, en manos de la policía. Porque eres hermano de Mary, no quiero que te prendan a ti.

—¿Es cierto lo que me dices?

—Ciertísimo. Así pues, vete a tu casa y no salgas más, para nada, esta noche.

El hermano de Mary creyó a Ricardito, pues había un tono de sinceridad indudable en sus palabras, y se despidió de él, para encaminarse, en efecto, a su casa.

Pero Burke, con uno de sus mejores amigos de la banda, que rondaba por aquellos alrededores, para estar seguros de que no había policía y de que podrían celebrar la reunión con toda tranquilidad, al ver que el hermano de Mary, al despedirse de Ricardito, se dirigía a su casa y no al lugar de la reunión, sospechó algo y, con su acompañante le siguió. El hermano de Mary, al ver que le seguían, echó a correr. Los otros hicieron lo propio. Al fin, le alcanzaron. Y como el fugitivo temblara, con visibles muestras de miedo, Burke la emprendió a golpes con él diciéndolo al mismo tiempo:

—¿Por qué huías? ¿Qué te ha dicho Ricardito? ¡Habla, cobarde!

Temeroso de que si no hablaba, Burke acabara con él, el pobre muchacho murmuró:

—¡Basta! ¡Déjeme usted ya! Ricardito me ha dicho que la banda caerá esta noche en poder de la policía.

Abandonaron al muchacho, molido ya a golpes, y, con gran cuidado, sospechando ya ser sorprendidos por la policía, se dirigieron hacia el piso de Burke, donde la reunión había de celebrarse. A causa de sus sospechas, tardaron mucho en llegar.

Desde una hora antes estaban ya allí Ricardito y los otros bandidos que, en ausencia de Burke, hubie-

ron de recibir al misterioso jefe, el cual, al entrar y no ver al único de la banda que conocía, preguntó temeroso:

—¿Dónde está Burke?

—No se preocupe usted de él... Es con nosotros con quien va usted a entenderse en lo sucesivo—le contestó el más viejo de todos.

—Pero yo...

—Nada. Usted... ¿Quién es usted, que así se lleva las mejores tajadas, en tanto que nosotros, que exponemos la piel, tenemos que contentarnos con los huesos?

—Yo...

—Exigimos conocer su nombre y que, en adelante, dirija usted la banda, puesto que es el jefe verdadero...

Mientras ocurría todo esto, Ricardito había preparado una puerta de escape para salir, seguro de que no tardaría en llegar Burke y de que todo se descubriría sin remedio, pues le había visto perseguir al hermano de Mary. Antes de entrar, sin embargo, ya había avisado a la policía, que debía estar escondida por los alrededores y que sólo esperarían que él saliera para lanzarse a apresar a los bandidos.

En el momento en que el viejo acabó de decir lo de *jefe verdadero*, apareció en la puerta Burke, que gritó:

—¡Muchachos! ¡Entre nosotros hay un espía!

—¿Quién es?—preguntaron todos.

—¡Ricardito!

Pero al decir esto Burke, Ricardito ya había desaparecido. Los bandidos se atropellaron entre sí para buscarlo. Inútilmente. Ricardito estaba ya cerca de la puerta de su casa. Pero la puerta de escape por donde había escapado daba a una escalera estrecha y oscura que no conocía bien, y hubo un momento en

que, cuando ya estaba seguro de estar cerca de su casa, temió matarse. Para evitar este peligro, encendió una cerilla. Había en la casa un escape de gas y con la luz de la cerilla, el gas que ya había por todas partes, se encendió. En un momento toda la casa estuvo envuelta en llamas. Ya no pensó en otra cosa que en salvar a su madre. Bajar para salir por la puerta, era imposible. Abajo estaba el escape y, por lo tanto, el foco del incendio.

Entró en sus habitaciones, cogió a su madre en brazos, y se dispuso a salvarla, fuese como fuese. A poco llegaron los bomberos de su compañía, que emprendieron los trabajos de salvamento. La policía, en su coche, se situó frente a la puerta, para que no escaparan los bandidos, que habían quedado en el piso de Burke sin posibilidad de salida.

Con una ligereza de que nunca se había visto ejemplo, Ricardito, dando saltos admirables, salvó a su madre, corriendo toda clase de riesgos. Cuando ya la tuvo en tierra, dijo a un bombero:

—Suba a aquel piso y vaya echando, en el salvavidas, a todos los hombres que allí hay. Son bandidos a quienes la policía espera.

Se hizo tal como él ordenó y, a poco, todos los bandidos estaban ya presos.

Entonces, el capitán de los bomberos, se acercó a la madre de nuestro protagonista y le dijo:

—Señora, la felicito por el comportamiento de su hijo... El jefe simuló despedirle de la Compañía, para que pudiese atrapar a esa banda de ladrones e incendiarios.

—¡Ya sabía yo que mi hijo no podía ser un cobarde!

Luego el capitán dijo a Ricardito, que estaba abrazado a su madre:

—Estoy muy orgulloso de usted... Creo que dentro de unos días podré tener la satisfacción de noti-

ficarle su ascenso, que será de varios grados de una vez...

También Jaime Hanley se acercó a Ricardito y le dijo:

—Mi felicitación, amigo... y permíname que haya dudado de usted... En el fondo, me alegro mucho de tener que pedirle disculpas...

Ricardito estaba muy contento, pues que todos tenían que reconocer su equivocación al juzgarlo cobarde... Sin embargo, le faltaba algo... Mary, a la que no había visto... Pero Mary estaba casi a su lado, enterada ya de todo, avergonzada de haber dudado de su novio. De pronto, la descubrió y corrió hacia ella, diciéndole en seguida:

—He salvado a tu hermano, Mary.

—Ya lo sé. ¿Me perdonas?

Y al decir «¿me perdonas?» cayó en sus brazos, que la recibieron con un estremecimiento de alegría.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'—	»
Blouse Ideal.	»	2'50	»
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50	»
Ideal Parisién	Mensual	3'—	»
Joie des Modes de Paris.	Temporada	4'—	»
Mateaux et Costumes de			
Promenade.	»	3'—	»
Mode de Paris	»	3'—	»
Mode Nationale.	Mensual	1'25	»
New Ladies Fashions.	10 veces año	6'—	»
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'—	»
Patrons Favoris Ceremonies	»	5'—	»
Patrons Favoris Blouses.	»	5'—	»
Patrons Favoris Enfants.	»	3'—	»
Patrons Favoris Lingerie	»	5'—	»
Patrons Favoris Gentlemens			
Fashions	»	5'—	»
Patrons Favoris Tailleur.	»	5'—	»
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'—	»
Paris Chic	Mensual	5'—	»
Toilettes d'enfants.	Temporada	2'50	»
Toilettes Modernes.	»	2'25	»
Ultima elegancia	»	1'25	»
Tres chic	»	4'—	»

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbará, 15. Apartado 925 — Barcelona